

CUANDO FUÍ A JAPÓN. EXPERIENCIAS E IMPRESIONES.

Cuando tomé la decisión de estudiar japonés allá por el 2009, no tenía intenciones de trabajar como profesor de este idioma. Sin embargo, al tener experiencia enseñando inglés y francés, cierto día del año 2011 me ofrecieron enseñarlo en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas (donde yo lo estudiaba). Siendo una persona a la que le gustan los retos, acepté el trabajo y terminé por convertirme en profesor.

Lo primero que noté fue que, a pesar de tener experiencia enseñando otros idiomas, la enseñanza del japonés no es nada fácil. Al final de ese año llegó a la UCA la profesora Yuriko, una voluntaria japonesa. Gracias a la guía que ella me dio, pude mejorar al menos un poco mi forma de enseñanza. Luego, en el 2015 me llegó una oportunidad increíble. Pude participar en uno de los programas de entrenamiento de la Fundación Japón, y durante 6 meses en que estuve viviendo en Japón, pude profundizar en lo que la profesora Yuriko me había enseñado. Gracias a las clases de pedagogía, me di cuenta que la forma en la que había enseñado hasta entonces no era completamente adecuada, y pude corregir lo que hacía mal. Además, aprendí mucho de los profesores de otros países que también estaban formando parte del programa. Aparte de las clases de pedagogía, también recibíamos clases de japonés: gramática, lectura comprensiva y kanji, entre otras. Al recibir clases todos los días, por pensar en japonés todo el día, por hablar con japoneses, por ver los kanji en los letreros todo el tiempo, el único resultado posible era una mejoría en mi nivel de japonés.

Además de estudiar pedagogía y japonés, algo que me dejó muy buenos recuerdos fue toda la experiencia que tuve con la cultura japonesa. Tuve la oportunidad de experimentar las cosas que hasta entonces solo había visto en videos, leído en internet o aprendido en las clases de japonés, tales como la ceremonia del té, la caligrafía japonesa, tiro con arco, y por encima de todo, poder tocar tambores japoneses. Eso fue como realizar un sueño que tenía desde que era un estudiante, y me siento muy agradecido por eso.

Recién llegado a Japón, pude notar dos características que destacan en los japoneses: son amables, y planean todo minuciosamente, sin importar cuál sea el trabajo que realicen. Ya fueran los profesores de las diferentes clases, las personas encargadas de preparar actividades culturales, quienes preparaban la comida en la cafetería, todos planeaban lo que fuera necesario sin poner excusas. Como salvadoreño, me sentí sorprendido cuando noté eso. Aunque hay excepciones, culturalmente los salvadoreños no tenemos esa forma de pensar, pero queda compensado con una gran capacidad para improvisar. Me pregunto cuál será la razón de esa diferencia entre la forma de actuar de los japoneses y los salvadoreños. ¿Será la forma en que se educan desde niños? Sea cual sea la razón, me vi en serios problemas, ya que a pesar de ser salvadoreño, nunca he sido bueno improvisando, y por otro lado, nadie me enseñó a planificar meticulosamente. Sin embargo, no soy alguien a quien le gusta rendirse, por lo que pensé “voy a estudiar y

haré todo mi esfuerzo, aunque me tome más tiempo que los demás participantes de la capacitación”. Y justamente, siempre me tomaba más tiempo que a los demás terminar cualquier tarea que tuviera. Mientras los demás participantes podían salir los fines de semana luego de terminar de estudiar, o pasaban un buen rato en la sala de recreación en la noche, yo aún me encontraba en mi habitación estudiando. No es que yo no tuviera momentos para divertirme, simplemente no eran tantos o tan prolongados como los de los demás. Fue muy difícil, pero incluso eso es ahora un buen recuerdo.

Durante el programa de entrenamiento, tuve otra importante oportunidad: la de hacer amigos de diferentes países, países de toda América Latina, y países en otras partes del mundo donde no entienden ni una palabra de español. Sin esos amigos, todo lo que aprendí en las clases sería solamente algo útil para el trabajo, pero es un recuerdo feliz gracias a que ellos estaban presentes. Amigos con quienes hacía la tarea de gramática en la biblioteca; amigos con quienes fuimos en tren a diferentes lugares para hacer nuestra investigación sobre el cosplay; amigos con quienes nos perdimos en más de una ocasión; amigos con quienes cocinábamos los domingos; amigos con quienes celebrábamos los cumpleaños en la sala de entretenimiento; amigos que lloraron abrazados conmigo el día antes de regresar a nuestros países. Esos amigos se quedarán por siempre en mí.



Después de regresar a El Salvador, puse en práctica lo que había aprendido en el programa. En ocasiones empezaba a pensar en si tendría la oportunidad de ir nuevamente a Japón. Cierta día de agosto de 2019, la directora de la Escuela de Idiomas me comunicó que la universidad había firmado un acuerdo de cooperación con la Universidad de Economía de Japón. Debido a eso, debía designarse a alguien de la UCA para realizar una visita a la Universidad de Economía ubicada en Fukuoka, y se había decidido que ella y yo iríamos a esa visita.

Esta ocasión fue completamente diferente a la anterior. El objetivo ya no era estudiar, sino entablar relaciones con los profesores de la Universidad de Economía y decidir la forma en que ambas universidades estarían colaborando en el futuro. Sin embargo sí hubo algo que fue igual, y es la impresión que me llevé de los japoneses seguía siendo la de personas amables y muy organizadas. Gracias a eso no fue difícil entablar amistad con ellos.

La visita a la universidad, además de un recorrido por el edificio, incluyó la observación de varias clases impartidas ahí. Naturalmente, muchas de las clases estaban relacionadas a la economía, pero entendí muy poco en ellas ya que mi nivel de japonés no era suficiente para esos temas.

Logré notar que en las clases había estudiantes de diferentes países, mostrando diferentes comportamientos según su lugar de origen. Algunos grupos de alumnos escuchaban atentamente la explicación de su profesor, mientras que otros participaban muy animosamente haciendo preguntas y expresando su opinión, y otros parecían no sentir ningún interés en la clase y se les veía adormitados. Debe ser muy difícil para los profesores de esos grupos seguir motivados.



Los estudiantes extranjeros recibían clases de japonés. Siendo yo profesor de japonés, tenía gran interés en observar esas clases. Quería saber qué tan diferentes serían de las clases de japonés en El Salvador. Quienes estudian el idioma en El Salvador tienen diferentes motivaciones para hacerlo. Hay quienes lo hacen por su interés en la cultura japonesa, otros porque les gustan las historietas y animación japonesas, a otros les gusta la música, y hay quienes tienen planes de buscar una oportunidad para estudiar en Japón. Sea cual sea su motivación, la decisión de estudiar el idioma es de ellos, y gracias a ese alto nivel de interés, participan en los concursos de oratoria y se involucran en la realización de los festivales culturales.

Por el contrario, quienes estaban estudiando japonés en la Universidad de Economía lo hacían, obviamente, porque vivían en Japón. Sin conocer el idioma, la vida en Japón se vuelve muy difícil. Movidos por esa

necesidad, su pensamiento no es “quiero estudiar japonés porque es divertido e interesante” sino “tengo que estudiarlo porque si no lo entiendo, no puedo llevar una vida aquí”. Por si fuera poco, algunos estudiantes debían trabajar a medio tiempo para poder sobrevivir. Algunos de ellos trabajaban hasta tarde en las tiendas de conveniencia, lo que hacía que llegaran a clases si haber dormido bien y se les dificultara concentrarse. No me queda más que admirar a esas personas, y preguntarme si esa vida es mejor que la que dejaron al salir de sus países de origen. Y también me pregunto ¿de dónde serán los alumnos que participan en el concurso de oratoria que organiza la Universidad de Economía?

Un profesor de la Universidad de Economía nos dijo que muy pocos japoneses tienen interés en vivir en otro país, ya que en Japón tienen todo lo necesario para tener una buena vida. Debido a eso, los estudiantes japoneses no parecían tener un particular interés en aprender idiomas extranjeros. Sin embargo, ese profesor, de origen estadounidense, no hablaba mucho japonés, por lo que impartía sus clases en inglés. Sus alumnos necesitaban entender el inglés si querían aprender los contenidos de esa clase, por lo que estudiaban el idioma aún si no tenían interés.

Yo soy alguien con mucho interés en los idiomas, y estoy convencido de que, más que haber elegido el japonés, fue el japonés quien me eligió a mí. Por eso, continuaré estudiándolo y enseñándolo. Por el momento, no sé si tendré otra oportunidad de volver a Japón, pero si llega, me pregunto cuánto tiempo estaré ahí, a quiénes conoceré, qué experiencias tendré, y qué recuerdos me quedarán.

René Contreras.

